

STRUAN MURRAY

ELLIE LANCASTER

en la Isla del Naufragio



DESTINO

STRUAN MURRAY

ELLIE LANCASTER

en la Isla del Naufragio

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Orphans of the Tide. Shipwreck Island*
© del texto: Struan Murray, 2021
© de la traducción: Isabel Murillo, 2021
Ilustración de la cubierta: Mercedes Palacios
Publicado originalmente en inglés por Penguin Books Ltd., Londres

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: enero de 2022
ISBN: 978-84-08-25056-2
Depósito legal: B. 19.234-2021
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447.

Un concurso de esperanzas

El chico avistó el pálido brillo de un tiburón y se le hizo la boca agua. Siguió nadando entre los rayos de luna, con la esperanza de que el animal no intuyera su presencia.

Vislumbraba, por encima de él, un cuadrado negro sobre la superficie del mar. De uno de sus extremos colgaban dos pies, una imagen enturbiada por el movimiento de las olas. Por alguna razón, el chico era consciente de que no debía comérselos, y lo sabía con la misma certeza que sabía que estaba hambriento.

Se comería el tiburón.

Agitó su impresionante cola y el agua retumbó a su alrededor. En el último momento, el tiburón corrió como un rayo hacia la izquierda, hacia la derecha, hacia la izquierda, y el chico notó una oleada de emoción extendiéndose desde la punta de su nariz hasta sus aletas. Cerró las mandíbulas, falló, volvió a cerrarlas. Sus dientes rasgaron la piel del

tiburón y el agua se llenó de sangre. Casi. La cola del tiburón le golpeó la cara y entonces el chico se abalanzó sobre él y mordió con fuerza. Sus dientes arrancaron carne y huesos y...

—¡SETH! —gritó Ellie, golpeándole la cabeza con el mango de un destornillador—. ¡Suéltame!

—¿Qué pasa? —dijo este, abriendo mucho los ojos.

—¡Me estás mordiendo!

—¿Qué? —replicó Seth, revolviéndose para apartarse. El movimiento ladeó la balsa y Ellie tuvo que sujetarse al mástil. La saliva que habían dejado las marcas del mordisco brillaba en el brazo de Ellie bajo la luz de la luna—. ¡Lo siento!

—Tranquilo —dijo ella, limpiándose el brazo con la manga—. Estabas soñando.

Seth se rascó la coronilla.

—No estaba dormido —argumentó—. Debajo... debajo de la barca hay algo. Algo muy grande.

Ellie retiró rápidamente los pies del agua.

—¿Te duele? —preguntó Seth, mirando de reojo las marcas del mordisco, que empezaban ya a remitir.

—Sí, mucho —mintió la chica. Cogió el pequeño reloj roto que estaba intentando reparar—. Me debes otra ronda.

Seth refunfuñó, se dejó caer hacia delante y escondió la cara bajo el brazo.

—No, estoy demasiado hambriento para pensar.

—Pues tenemos que distraernos precisamente para quitarnos la comida de la cabeza. Sobre todo tú, que parece que estés transformándote en un caníbal.

—Pero no creía que te estuviera comiendo a ti, sino a ese tiburón.

—¿Qué tiburón?

—He visto un tiburón. Pero yo no era yo. Era... otra cosa.

—¿Estabas otra vez en el mar? —preguntó Ellie, y Seth respondió con un gesto afirmativo.

La chica se sentía extrañamente celosa cuando Seth proyectaba su mente hacia el mar. Le preocupaba la posibilidad de que lo hiciese para evitarla. Últimamente discutían a menudo, sobre todo tipo de tonterías, aunque siempre acababan haciendo las paces al cabo de poco rato. Ellie había descubierto que estar en compañía de una única persona era complicado, incluso tratándose de alguien que le caía tan bien como Seth; según sus cuentas, llevaban en alta mar al menos tres meses.

—Tú primero —dijo Ellie.

—¿Es necesario?

Seth se tumbó bocarriba. Era tan alto que tenía que doblar las piernas para caber en la balsa.

—Sí, porque me has mordido —lo picó Ellie.

El mástil emitió un crujido doloroso y la vela se agitó con la cálida brisa.

—De acuerdo, vale —aceptó Seth. Se sentó y juntó las cejas, enfadado—. Deseo...

—«Espero» —lo corrigió Ellie. La palabra «deseo» ya no le resultaba agradable.

—Espero... —repitió Seth, mirando el horizonte. Bajo la luz de la luna, con sus perfiles angulosos y su cabello negro

y alborotado, parecía un dibujo hecho con tinta china—. Espero... que en esta nueva isla encontremos un par de camas de verdad, con almohadas, donde podamos dormir hasta el mediodía sin que nos ronden lobos con intención de devorarnos.

—No me parece muy imaginativo —dijo Ellie—. Estoy segura de que esto ya lo has dicho antes.

—Pues que sepas que aún veo esos lobos en sueños. Con sus ojos rojos y brillantes.

—Sus ojos no eran rojos y brillantes —recordó Ellie.

Aunque tampoco podía decirse que fueran muy simpáticos. Habían despertado a los dos amigos con sus aullidos hacía cosa de un mes, cuando hicieron una escala en un pequeño islote.

—Ahora me toca a mí —dijo Ellie, frotándose las manos—. Espero que en esta nueva isla encontremos mucha gente que necesite que invente cosas y así poder crear máquinas asombrosas que transformen la zona en un paraíso donde todo el mundo sea siempre feliz y nadie sufra.

Seth se quedó mirándola. El muchacho tenía los ojos grandes, de un azul invernal, y a Ellie le daba a veces la sensación de que la estaba mirando un gato.

—Me parece que gana la mía, ¿no? —comentó alegremente la chica.

Sacó un cortaplumas de uno de los innumerables bolsillos de su viejo abrigo de retales. Se apoyó con los codos en una esquina de la balsa, donde la madera tenía talladas un sinnúmero de líneas verticales, algunas debajo de una letra E y

otras debajo de la letra S. Ellie grabó una nueva rayita bajo la E.

—¿Por qué no esperar que la isla sea ya un paraíso? —preguntó Seth.

—¿Qué? —dijo Ellie, soplando para apartarse el pelo de la cara.

—¿Por qué prefieres encontrar un lugar que puedas transformar en un paraíso en lugar de esperar que la isla lo sea ya?

Ellie arrugó la nariz.

—Porque, en ese caso..., ¿para qué les serviría yo?

Seth se quedó observándola.

—Centrémonos en llegar a la isla —dijo, mirando con recelo por encima del hombro—. Y rápido.

—Seth, te lo digo por última vez: no nos está siguiendo nadie.

—Vi una vela, Ellie. Una vela negra. Debe de ser la Inquisición.

—Pero ¿por qué iban a seguirnos los de la Inquisición? Me han dado por muerta.

—A lo mejor, al final, se dieron cuenta de que fingiste tu muerte. Había un barco, estoy seguro... Lo percibí en el agua.

—Que hubiera un barco no significa que estuviera siguiéndonos. Vamos, juguemos otra ronda...

Seth se sacudió con brusquedad, con la mirada fija en el mar.

—¿Y ahora qué pasa? —resopló Ellie—. ¿Nos persiguen los inquisidores a lomos de delfines?

—No, es ese banco de peces.

—¿Qué banco de peces?

—El que te mencioné antes —respondió Seth entusiasmado—. ¡Han vuelto! Creo que se sienten atraídos hacia mí. Ellie lo miró con exasperación.

—Sí, claro, porque eres de lo más interesante. ¿Por qué no intentas pescar alguno?

—¿Con qué? ¿Con las manos?

—Con tus poderes, Seth. Tendrías que practicar a diario para que no se te olvide cómo utilizarlos.

Seth miró el mar como si estuviera lleno de gusanos retorciéndose.

—No me gusta utilizarlos —admitió, poniendo cara de petulante.

—Pues muy bien. Entonces no te quejes si tienes hambre.

Seth la miró, furioso, y se abalanzó sobre el agua, cerrando los ojos y sujetándose al borde de la balsa. Tensó los dedos y clavó con fuerza las uñas en la madera.

Y entonces, de pronto, la superficie de sus brazos se cubrió de espirales oscuras. Esbozó una mueca, como si estuviera sintiendo una punzada de dolor.

—¿Seth? —lo llamó Ellie, acercándose a él con cautela.

El chico abrió los ojos de golpe y extendió la mano por encima de las olas. Se oyó un splash y, acto seguido, un pecillo brillante salió disparado del mar para ir directo hacia la mano abierta de Seth.

—¡Qué pasada! —exclamó Ellie.

Aplaudió, pero le cambió la cara cuando vio que Seth em-

pezaba a golpear el pez contra el mástil. El animal dejó de moverse al instante. Seth cogió entonces el cortaplumas, lo deslizó con rapidez por el cuerpo del pez y le ofreció la carne a Ellie. Brillaba a la luz de la luna.

—Creo que deberíamos esperar hasta que podamos encender una hoguera —propuso Ellie, por mucho que le rugiera el estómago.

Seth abrió por completo el pez y lo engulló.

—Eres asqueroso —dijo Ellie.

Seth se encogió de hombros con indiferencia y la chica siguió mirándolo, acercándose más a él.

—¿Cómo lo has hecho? ¿Has hecho que el agua escupiera el pez o has convencido al pez para que saltara fuera del agua?

—No lo sé muy bien —contestó Seth con la boca llena—. ¿De verdad que no quieres un poco?

Se sacó una espina de entre los dientes y balanceó el pez mutilado delante de los ojos de Ellie.

La chica lo inspeccionó con recelo.

—El pescado crudo puede sentar muy mal.

—Y no comer nada puede matarte.

Ellie cogió el pez. La cabeza, sujeta por un trozo de espina, le colgaba en un ángulo extraño. Lo olisqueó y finalmente le dio un mordisco. Tenía un sabor salado y dulce al mismo tiempo y la carne se deshizo en su boca.

Seth sonrió y se le cerraron los párpados. Siempre que utilizaba sus poderes con el mar se quedaba agotado. A lo largo de su periplo, se había visto obligado a utilizarlos va-

rias veces para calmar el mar o para propulsar la balsa cuando no soplabla brisa. Y en cada ocasión, después se había derrumbado y su piel se había quedado fría como el rocío de la mañana.

—¿Una ronda más? —propuso animada Ellie. Sabía que estaba siendo egoísta, pero no quería que Seth se quedara dormido y la dejara sin compañía. Cuando se dormía, soñaba con que la perseguían por callejuelas laberínticas. Y cuando se sentía sola, creía oír una voz arrastrada por el viento—. ¿Por favor?

Seth la miró con los ojos entrecerrados.

—De acuerdo —dijo Seth, y suspiró—. Espero... que en esta nueva isla puedas encontrar a alguien con quien jugar a este juego tan tonto.

—¡Seth! —exclamó Ellie, pegándole en el brazo—. Jugaremos en serio.

Él intentó esbozar una sonrisa adormilada y no lo consiguió.

—Lo siento. Espero que en esta isla pueda aprender a pescar correctamente, sin tener que utilizar mis... —Miró las espirales azules dibujadas en su piel, que empezaban a difuminarse—. Bueno, ya sabes.

Ellie se quedó a la espera, para ver si decía algo más.

—¿Y ya está? —intervino por fin—. ¿Por qué no quieres utilizar tus poderes?

—Porque cuando los uso me quedo agotado.

—¿Y no quieres hacer nuevos amigos en la isla? Podrían enseñarte a pescar sin necesidad de utilizar tus poderes.

Seth recogió las piernas contra su pecho.

—No confío en la gente.

—Seguro que no serán como los habitantes de la Ciudad —le aseguró Ellie—. Serán agradables. Y en mí sí que confías, ¿o no? Estoy segura, además, de que también confiabas en tus hermanos.

—Mis hermanos no eran gente, eran dioses. Y están todos muertos. Excepto el Enemigo.

Ellie hizo un gesto de dolor al sentir una opresión en el pecho.

—Lo siento —dijo Seth.

—Pero... no sabemos con seguridad que estén todos muertos. Me refiero a que en la Ciudad todo el mundo pensaba que solo quedaba con vida el Enemigo, y entonces apareciste tú. A lo mejor, si encontráramos otros dioses, podrían ayudarte a recuperar tus recuerdos. Podrían ayudarte a recordar quién eres en realidad.

—Ya sé quién soy. Soy Seth. Y me siento feliz siendo Seth. Te toca a ti —añadió secamente.

Ellie lo miró, furibunda.

—Vale. Espero que en esta nueva isla... —hizo una pausa para pensar— haya personas... como yo. Como mi madre. Gente que quiera inventar cosas, que pretenda lograr que el mundo sea mejor. Espero que haya gente que vea que soy especial.

Y al pronunciar esas palabras, se le erizó el vello y sintió un dolor en el pecho de pura añoranza. Seth bajó la vista hacia sus manos. De repente, parecía sentir un tremendo

interés por un pequeño corte que se había hecho en el dedo.

—¿Qué pasa? —preguntó Ellie, sin alterarse aparentemente.

—Pasa que me parece que este juego no te beneficia mucho. Estás albergando esperanzas exageradas. No tenemos ni idea de qué nos encontraremos en esta isla, si acaso existe.

Ellie se sintió ofendida.

—La vimos, vimos la isla en el mapa de la fortaleza de la Inquisición.

—Sí, y la Inquisición siempre ha sido muy de fiar —replió Seth con hartazgo.

Ellie inspiró hondo. Habían mantenido esta conversación un montón de veces. Y, teniendo en cuenta que la Inquisición había intentado quemar a Seth en la hoguera, comprendía sus recelos.

—Y si al final resulta que existe —refunfuñó él—, podría ser un lugar peligroso. ¿Por qué, si no, los inquisidores lo mantendrían en secreto?

Ellie se quedó pensando.

—¿Tal vez porque es un lugar maravilloso y extraordinario y no quieren que nadie de la Ciudad intente llegar allí?

—No me parece una explicación muy plausible.

La chica frunció el ceño y volvió la cabeza, harta de ver la cara de su compañero de viaje.

—Creo que he ganado esta ronda —anunció. Cogió el cuchillo y marcó una nueva línea vertical al lado de las treinta que lucían ya justo debajo de la letra E. Miró las seis mues-

cas de debajo de la letra S—. Lo estás haciendo fatal —re-mató.

—La verdad es que me da igual, Ellie —dijo Seth.

Ella sintió una oleada de rabia. Cogió los restos del pez y se los tiró a la cabeza a Seth, que logró esquivarlos. Cayeron al mar con un ruido sordo.

El agua se levantó de repente, creando una masa negra y brillante que se abrió por la mitad y dejó al descubierto una afilada dentadura de tiburón y una gruesa lengua rosada. La boca se cerró con fuerza y el pez desapareció, pero la enorme criatura siguió emergiendo y su resbaladiza superficie proyectó más agua. Su vientre blanco se abatió sobre la balsa, que se balanceó con tanta brutalidad que Ellie patinó y cayó de espaldas. Sus pies abandonaron la embarcación. El agua salada le ascendió por la nariz y le llenó rápidamente la boca y todos los espacios abiertos entre la piel y la ropa que llevaba puesta.

Abrió los ojos y entre la lúgubre oscuridad la vio: era una orca, una ballena asesina, con manchas blancas en el costado y una aleta grande en el dorso. El depredador la miró un instante, pero entonces dio media vuelta y se alejó envuelta en una burbuja de espuma. Cuando vio que se perdía en la oscuridad, Ellie se sintió aliviada. Pataleó para subir a la superficie y se arriesgó a echar un vistazo hacia las profundidades, temerosa de que algún tiburón se hubiera sentido atraído con tanto jaleo. Pero no vio más que un vacío infinito que absorbía por completo la luz.

De pronto, sin embargo, intentó forzar la vista bajo el

agua. Porque allí había algo, lo habría jurado. En el fondo de la oscuridad había algo más negro incluso que toda aquella penumbra.

Una figura. Algo con forma humana.

Siguió observando durante unos segundos que se le hicieron eternos, intentando decidir si lo que veía era real. Perdía de vista a la figura y la recuperaba continuamente. Lo que quiera que fuese aquello no se movía. No estaba nadando, sino que permanecía fijo en un lugar. Y notaba que aquella cosa estaba mirándola.

Parpadeó un momento y la figura desapareció. Pero, de pronto, algo se precipitó contra ella por abajo y Ellie empezó a subir y a subir. El agua se abrió y el cálido aire nocturno le acarició la piel y le llenó los pulmones. La luna brillaba por encima de su cabeza, y también los resplandecientes ojos de Seth.

El chico tiró de Ellie para separarla de los lomos de la ballena, subirla de nuevo a la balsa y cubrirla con su abrigo largo de piel de foca. Una cola oscura salpicó en el agua por detrás de ellos y desapareció con un glub acuoso y un estallido de espuma.

—¿Estás bien? —preguntó Seth, dándole unas palmaditas en la espalda.

Ellie empezó a toser y a sacar agua de mar por la nariz. Negó con la cabeza.

—Tranquila —dijo Seth—. Esa ballena nunca te haría daño. Creo que vino hasta aquí por mí. Mejor encendemos la lámpara de aceite.

—No estoy así por la ballena, Seth —explicó Ellie, temblando y acurrucándose contra él para entrar en calor—. Creo que lo he visto.

—¿Que has visto qué?

Ellie, que no podía dejar de temblar, cogió aire y Seth tragó saliva.

—Ah. —El muchacho se quedó un instante sin decir nada—. ¿Se parecía a tu hermano?

—No. No creo que pueda volver a adoptar la forma de Finn, después de lo que yo le hice. La verdad es que solo vi una sombra. Pero sin duda alguna era... eso. Y me estaba mirando fijamente.

—Ya no puede hacerte ningún daño, Ellie. Lo derrotaste. De modo que mientras no le pidas que te conceda más deseos, no podrá recuperar su poder.

—Sí —admitió Ellie, consiguiendo esbozar una débil sonrisa—. Sí, tienes razón.

—Y no has pedido más deseos ni los pedirás. Y, en consecuencia, nunca más volverá a hacerte daño.

Ellie asintió.

—Gracias, Seth —dijo, cubriéndose mejor con el abrigo.

Se arriesgó a lanzar una última mirada hacia las profundidades, pero no vio más que su propio reflejo. Cuando levantó la vista, Seth seguía contemplándola. Su sonrisa era de picardía.

—Espero —empezó a decir— que en esta nueva isla haya gente agradable que nos permita vivir allí con ellos, que nos dé de comer y que nos acoja con agrado. Espero que sea

una isla donde puedas hacer amigos e inventar máquinas maravillosas, y donde no puedan encontrarnos los inquisidores. Una isla donde nadie haya oído hablar jamás del Enemigo.

Ellie también sonrió y se apartó un mechón de pelo mojado de los ojos.

—La verdad es que me parece que esta ronda la has ganado tú.

—¿Y tú no quieres desear nada?

Ellie cogió el cortaplumas y grabó una línea debajo de la letra S.

—Nada podría derrotar tu deseo —aseguró, mirándolo.

Pero cuando sus pupilas se encontraron, Seth se distrajo con algo que había detrás de Ellie. De repente, se quedó boquiabierto. La chica se volvió para ver qué era.

Estaba en el horizonte. Una forma oscura y dentada capturada por la luz de la luna.

Una nueva isla.